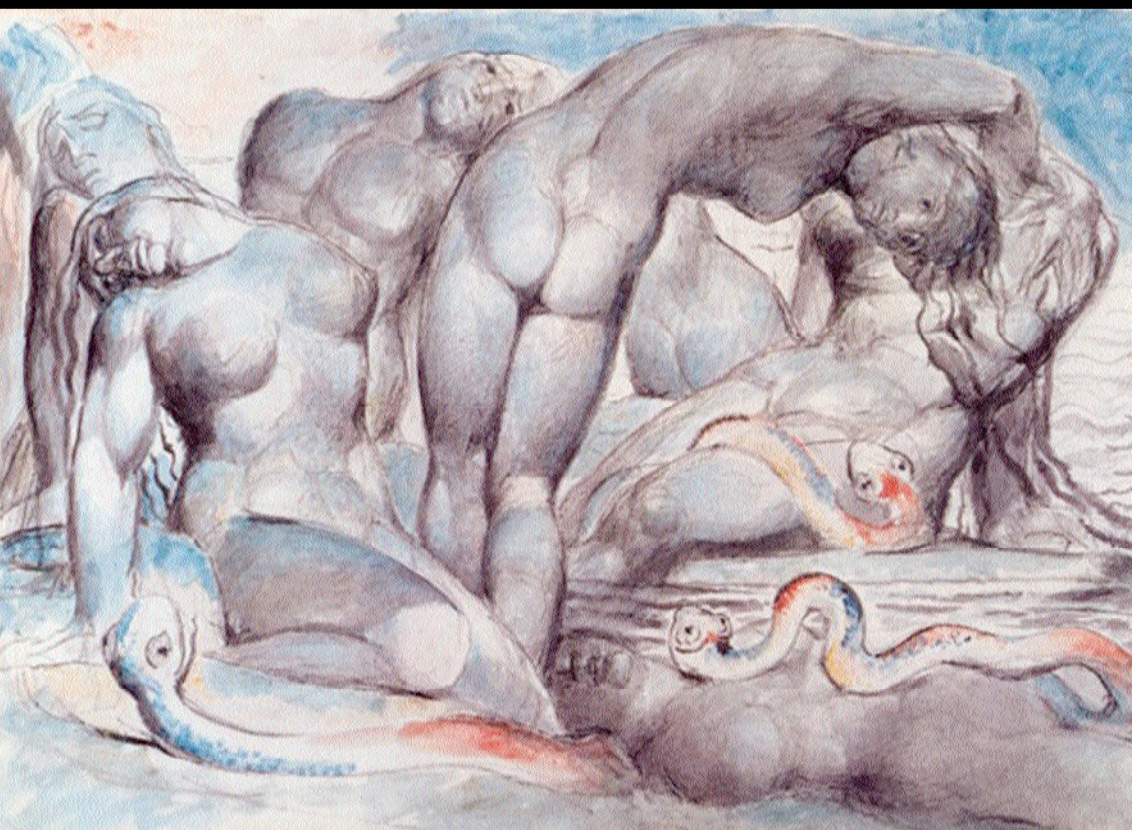


Arthur Rimbaud

Una temporada en el infierno
Carta del vidente



Maldoror ediciones



Arthur Rimbaud

UNA TEMPORADA
EN EL INFIERNO

CARTA DEL VIDENTE

Dibujos de William Blake

Traducción: Jorge Segovia

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original en lengua francesa:
Une saison en enfer
Lettre du voyant
Éditions Gallimard, 1972

Primera edición: 2009
© Maldoror ediciones
© Traducción: Jorge Segovia

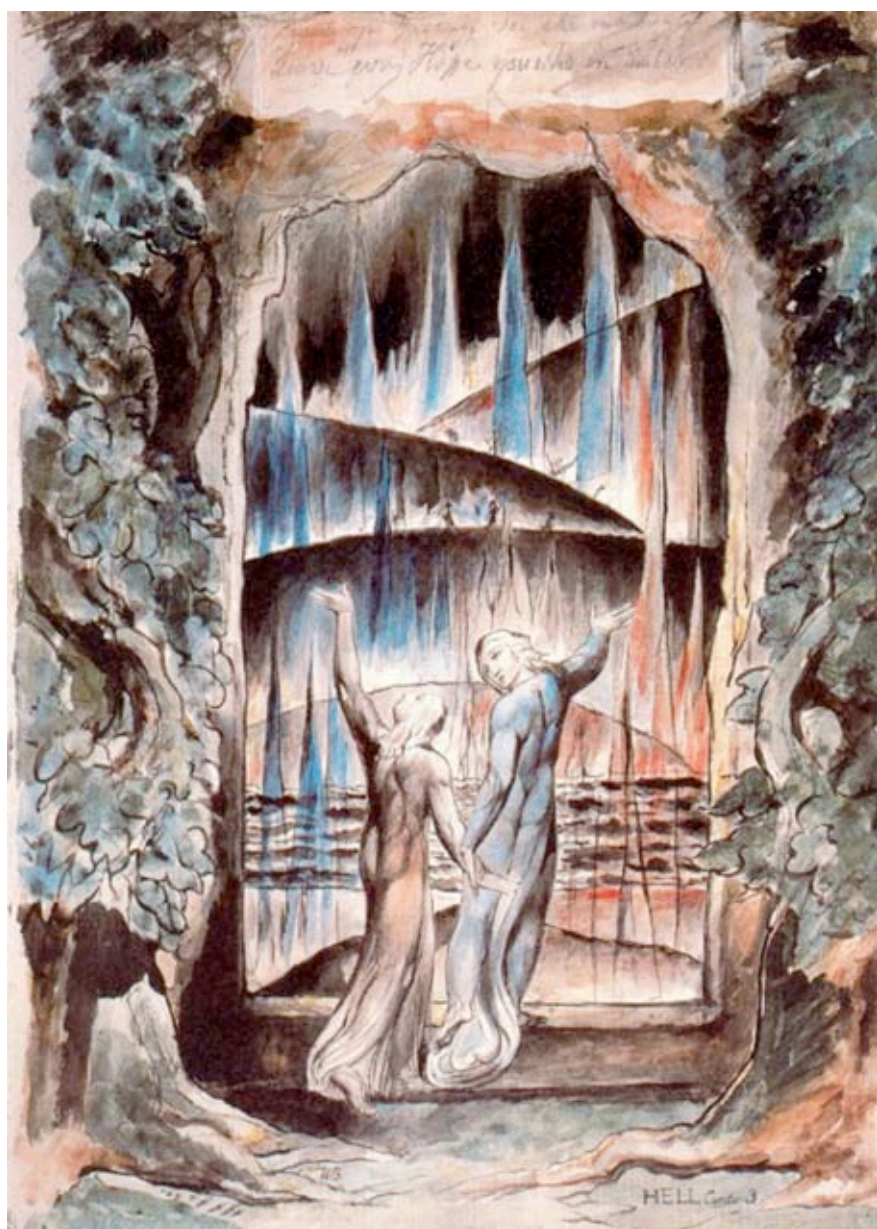
ISBN-13: 978-84-96817-07-4

Maldoror ediciones, 2009
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO

CARTA DEL VIDENTE

Dibujos de William Blake



* * * * *

Antaño, si mal no recuerdo, mi vida era un festín en el que se abrían todos los corazones, donde todos los vinos corrían.

Una noche, senté a la Belleza en mis rodillas. –Y la encontré amarga. –Y la injurié.

Me armé contra la justicia.

Huí. ¡Oh brujas y miseria y odio, a vosotros se os confió mi tesoro!

Desalojé de mi espíritu cualquier humana esperanza. Como silente fiera salté sobre toda alegría, para estrangularla.

Llamé a los verdugos para morder las culatas de sus fusiles, mientras perecía. Invoqué a las plagas para asfixiarme en la arena, la sangre. La desdicha fue mi dios. Me hundí en el fango. Me sequé al aire del crimen. Y le jugué malas pasadas a la locura.

Y la primavera me trajo la inmisericorde risa del idiota.

Ahora bien, encontrándome últimamente a punto de soltar mi postrer ¡cuac!, se me dio por buscar la clave del antiguo festín, del que acaso otra vez pueda sentir apetencia.

La caridad es esa clave. –¡Esta inspiración demuestra que he soñado!

“Seguirás siendo hiena, etc...”, clama el diablo que me coronó con tan beatíficas adormideras. “Gana la muerte con todos tus apetitos, y tu egoísmo y todos los pecados capitales”.

¡Ah! estoy harto: –Pero, querido Satán, te lo imploro, ¡deja de mirarme con irritada pupila!, y, mientras espero las pequeñas cobardías que faltan, para ti que aprecias en el escritor la ausencia de facultades descriptivas o instructivas arranco estas páginas infames de mi cuaderno de condenado.



MALA SANGRE

Tengo de mis antepasados galos el ojo azul pálido, el cráneo estrecho y la torpeza en la contienda. Mi indumentaria me parece tan bárbara como la suya. Pero yo no oleo mi cabellera.

Los galos eran los desolladores de animales, los incendiarios de pastos más ineptos de su tiempo.

De ellos tengo: la idolatría y la pasión por el sacrilegio; ¡oh! todos los vicios, ira, lujuria –magnífica, la lujuria–; especialmente mentira y pereza.

Me horrorizan todos los oficios. Patronos y obreros, todos campesinos, innobles. La mano que escribe vale tanto como la que ara. –¡Qué siglo de manos!– Nunca sojuzgaré mi mano. Después, la domesticidad lleva demasiado lejos. La honradez del pordioseo me entristece. Al igual que los castrados, los criminales dan asco: yo estoy intacto y me da lo mismo.

Pero ¿quién hizo mi lengua tan pérfida que ha guiado y protegido hasta aquí mi pereza? Sin ni tan siquiera servirme de mi propio cuerpo para vivir y más ocioso que el sapo, mi errancia me llevó a todas partes. No hay familia de Europa que no conozca.

—Quiero decir familias como la mía, que todo se lo deben a la declaración de los Derechos del Hombre.
—¡Conocí a cada niño bien!

¡Si tuviera antecedentes en un lugar cualquiera de la historia de Francia!

Pero no, nada.

No dudo de que siempre he sido de raza inferior. No puedo comprender la rebelión. Mi raza nunca se sublevó más que para saquear: como los lobos con el animal al que no han dado muerte.

Recuerdo la historia de Francia como hija primogénita de la Iglesia. Yo hubiese hecho, como villano, la peregrinación a Tierra Santa; tengo en la cabeza las rutas de las llanuras suabas, vistas de Bizancio, murallas de Solima; el culto a María y la ternura por el crucificado despiertan en mí entre mil profanas maravillas. —Estoy sentado, leproso, sobre escoria y ortigas, al pie de un muro roído por el sol. —Más tarde, como mercenario, hubiera dormido al raso bajo las noches de Alemania.

¡Ah! Y aún más: bailo el aquelarre con ancianas y niños en un paraje amaranto.

Sólo alcanzo a recordar esta tierra y el cristianismo. Nunca me cansaría de verme en ese pasado. Pero siempre solo; sin familia; además ¿qué lengua hablaba? Nunca me imagino en los consejos de Cristo: ni en los consejos de los Señores –representantes de Cristo.

¿Qué era yo el siglo pasado?: sólo ahora vuelvo a encontrarme. Ya no hay vagabundos, ni vagasguerras. La raza inferior lo ha cubierto todo –el pueblo, como dicen, la razón; la nación y la ciencia.

¡Oh, la ciencia! Lo hemos revisado todo. Para el cuerpo y para el alma –el viático– tenemos la medicina y la filosofía –los remedios caseros y arreglos de canciones populares. ¡Y las diversiones de los príncipes y los juegos que ellos prohibían! ¡Geografía, cosmografía, mecánica, química!...

La ciencia, ¡la nueva nobleza! El progreso. ¡El mundo avanza! ¿Por qué no habría de girar?

Es la visión de los números. Vamos hacia el *Espíritu*. Lo que digo es verdad, es oráculo. Comprendo, y como no sé explicarme sin palabras paganas, quisiera callarme.

¡Vuelve la sangre pagana! El Espíritu está cerca: ¿por qué Cristo no me ayuda, dando a mi alma nobleza y libertad? ¡Ay, el Evangelio ha pasado! ¡El Evangelio! El Evangelio.

Espero a Dios con febril ansiedad. Soy de raza inferior desde tiempos inmemoriales.

Heme aquí en la playa armoricana. Que las ciudades se iluminen en la noche. Mi jornada está hecha; abandono Europa. El aire marino abrasará mis pulmones; los climas perdidos me curtirán. Nadar, aplastar la hierba, cazar, y sobre todo fumar; beber licores fuertes como metal hirviente, –como hacían esos queridos antepasados en torno a la lumbre.

Volveré con los miembros de hierro, la piel oscura, la mirada turbida: por mi máscara, me creerán de una raza fuerte. Tendré oro; seré ocioso y brutal. Las mujeres cuidan de esos crueles enfermos a su regreso de países cálidos. Me meteré en política. Salvado.

Ahora estoy maldito, me horroriza la patria. Lo mejor es dormir perdidamente borracho sobre la arena de la playa.

No nos marchamos. –Reanudemos los caminos de aquí, cargado con mi vicio, el vicio que ha echado sus raíces de sufrimiento a mi lado, desde que tenía uso de razón –que sube al cielo, y me golpea y derriba y arrastra.

La última inocencia y la última timidez. Queda dicho. No manifestar al mundo mis ascos y traiciones.

¡Vamos! La marcha, la carga, el desierto, el tedio y la ira.

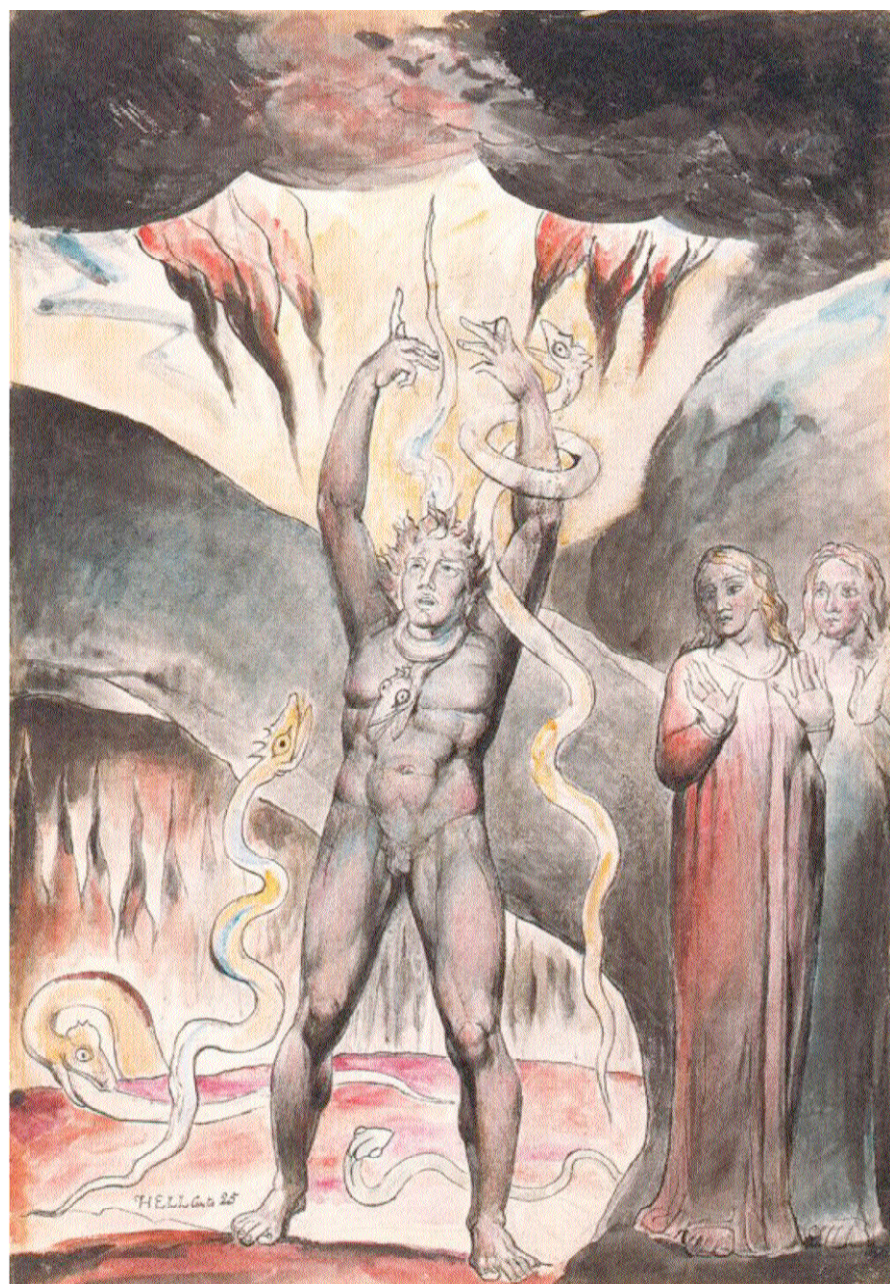
¿A quién alquilarme? ¿Qué bestia hay que adorar? ¿Qué santa imagen atacamos? ¿Qué corazones he de romper? ¿Qué mentira debo sostener? –¿Sobre qué sangre caminaré?

Más vale guardarse de la justicia. –La vida dura, el simple embrutecimiento, –levantar, con el puño descarnado, la tapa del féretro, sentarse, asfixiarse. Así, ni vejez ni peligros: el terror no es francés.

–¡Ah!, estoy tan desamparado que ofrezco a cualquier divina imagen arrebatos hacia la perfección.

¡Oh abnegación mía, oh mi maravillosa caridad! ¡Aquí abajo, sin embargo!

De profundis domine, ¡seré estúpido!





P-g. Gault 13

Ya desde niño admiraba al forzado insumiso sobre el que siempre se cierne el presidio; visitaba las posadas y tugurios que él había consagrado con su estancia; veía *con su idea* el cielo azul y el trabajo florido del campo; presentía su fatalidad en las ciudades. Tenía más fortaleza que un santo, más sentido común que un viajero –y él, ¡él solo! por testigo de su gloria y su razón.

Por los caminos, durante las noches invernosas, sin cobijo, sin ropas, sin pan, una voz oprimía mi corazón helado. “Debilidad o fuerza: hela aquí, es la fuerza. No sabes a dónde vas ni por qué vas; entra en todas partes, responde a todo. No te dejarán más muerto que si fueras ya cadáver. Por la mañana, tenía la mirada tan perdida y el porte tan mortecino, que aquellos con quienes me encontré *acaso no me vieron*.

En las ciudades, el lodo súbitamente se me antojaba rojo y negro, como un espejo cuando la lámpara se mueve en la habitación contigua, ¡como un tesoro en el bosque! Buena suerte, gritaba, y veía un mar de llamas y humo en el cielo; y, a izquierda y derecha, todas las riquezas que destellaban como innúmeros relámpagos.

Pero la orgía y la complicidad con las mujeres me estaban prohibidas. Ni siquiera un compañero. Me veía ante una multitud exasperada, encarado al pelotón de ejecución, llorando la desgracia de que ellos no hubiesen podido comprender, ¡y perdonando! –¡Como Juana de Arco! “Curas, profesores, patronos, os equivocáis entregándome a la justicia. Yo nunca pertenecí a este pueblo; nunca fui cristiano; soy de la raza de los que cantaban durante el suplicio; no comprendo las leyes, no tengo sentido moral, soy un bruto: os equivocáis...”

Sí, mis ojos están cerrados a vuestra luz. Soy una bestia, un negro. Pero puedo ser salvado. Vosotros sois falsos negros, ¡vosotros! maníacos, feroces, avaros. Mercader, tú eres negro; magistrado, tú eres negro; general, tú eres negro; emperador, vieja comezón, tú eres negro: has bebido un licor sin tasar de la fábrica de Satán. –Este pueblo está inspirado por la fiebre y el cáncer. Lisiados y ancianos son tan respetables que piden ser cocidos. Lo más astuto sería abandonar este continente, donde acecha la locura para proveer de rehén a estos miserables. Yo entro en el verdadero reino de los hijos de Cam.

¿Todavía conozco la naturaleza? ¿Me conozco a mí mismo? –*Basta de palabras.* Sepulto a los muertos en mi vientre. Gritos, tambor, danza, danza, danza,

¡danza! Aún no veo el momento en que, al desembarcar los blancos, me hundiré en la nada.

Hambre, sed, gritos, danza, danza, danza, ¡danza!

Los blancos desembarcan. ¡El cañón! Hay que someterse al bautismo, vestirse, trabajar.

He recibido en el corazón el impacto de la gracia. ¡Ah, no lo había previsto!

Nunca hice el mal. Los días van a serme leves, se me evitará el arrepentimiento. No habré padecido las torturas del alma casi muerta al bien, de donde asciende la luz severa como los cirios funerarios. El destino del hijo de buena familia, prematuro ataúd cubierto de inmaculadas lágrimas. Indudablemente, el libertinaje es estúpido, el vicio es estúpido; hay que dejar de lado la podredumbre. ¡Pero el reloj no llegará a dar más que la hora del dolor puro! ¿Voy a ser raptado como un niño, para jugar en el paraíso al amparo de toda desgracia?

¡De prisa! ¿hay otras vidas? –Los sueños de riqueza son imposibles. La riqueza fue siempre un bien público. Sólo el amor divino otorga las claves de la ciencia. Veo que la naturaleza no es sino un espectáculo de bondad. Adiós quimeras, ideales, errores.

El canto vivo de los ángeles se eleva del navío salvador: es el amor divino. -¡Dos amores! puedo morir de amor terreno, morir de devoción. ¡He abandonado almas cuya pena se acrecentará con mi marcha! Me escogéis entre los náufragos; ¿acaso no son amigos míos los que se quedan?

¡Salvadlos!

Me ha nacido la razón. El mundo es bueno. Bendeciré la vida. Amaré a mis hermanos. Esto ya no son promesas de la infancia. Ni la esperanza de escapar a la vejez y la muerte. Dios es mi fuerza, y yo alabo a Dios.

El tedio ha dejado de ser mi amor. Las rabias, el libertinaje, la locura, cuyos arrebatos y desastres conozco -he soltado toda mi carga. Apreciemos sin vértigo la extensión de mi inocencia.

No sería ya capaz de pedir el consuelo de una paliza. No me imagino embarcado en una boda teniendo a Jesucristo como suegro.

No soy prisionero de mi razón. He dicho: Dios. Quiero la libertad en la salvación: ¿como alcanzarla? Las aficiones frívolas me han abandonado. Ni la devoción ni el amor divino me son ya necesarios. No añoro el siglo

de los corazones sensibles. Cada cual tiene su razón, desprecio y caridad: conservo mi lugar en lo alto de esta arcangélica escala de sentido común.

En cuanto a la felicidad establecida, doméstica o no... no, no puedo. Soy excesivamente derrochador, demasiado débil. La vida florece por el trabajo, antigua verdad: en cuanto a mí, mi vida no tiene el peso suficiente, echa a volar y flota lejos, por encima de la acción, ese querido lugar del mundo.

¡En qué solterona me estoy convirtiendo, a falta de coraje para amar la muerte!

Si Dios me concediese la calma celestial, levitante, la plegaria –como a los antiguos santos– ¡los santos!, ¡hombres fuertes!, anacoretas, ¡artistas de esos que ya no hacen falta!

¡Continúa farsa! Mi inocencia me haría llorar. La vida es la farsa que todos hemos de llevar a cabo.

¡Basta! he aquí el castigo. –*¡En marcha!*

¡Ah! ¡Me arden los pulmones, me estallan las sienes!
¡Con esta solanera, la noche da vueltas en mis ojos!
El corazón... Los miembros...

¿A dónde vamos? ¿Al combate? ¡Soy débil! y los demás avanzan... Las hoces, las armas... ¡el tiempo!

¡Disparad! ¡Disparad contra mí! ¡Ahora! o me rindo.
–¡Cobardes! ¡Me mato! ¡Me arrojo al pie de los caballos!

¡Ah!...

– Me acostumbraré a esto.

¡Sería la vida francesa, la senda del honor!

NOCHE DE INFIERNO

He engullido una soberbia dosis de veneno. ¡Sea tres veces bendito el consejo que he recibido! –Me arden las entrañas. La violencia del veneno retuerce mis miembros, me deforma, me aniquila. Me muero de sed, me asfixio, no puedo gritar. ¡Es el infierno, el eternal castigo! ¡Mirad cómo se alzan las llamas! Ardo como sólo se puede arder. ¡Vamos, demonio!

Había vislumbrado la conversión al bien y la felicidad, la salvación. ¿Cómo describir la visión?, ¡el aire



del infierno no soporta los aleluyas! Eran millones de encantadoras criaturas, un delicado concierto espiritual, la fuerza y la paz, las nobles ambiciones, ¡qué sé yo!

¡Las nobles ambiciones!

¡Y la vida, aún! –¡Si el castigo es eterno! ¿Acaso un hombre que quiere mutilarse no está ya ciertamente condenado? Me creo en el infierno, luego estoy en él. Es la praxis del catecismo. Soy esclavo del rito bautismal. Padres, habéis fraguado mi desgracia y también la vuestra. ¡Pobre inocente! El infierno nada puede contra los paganos. –¡La vida, aún! Después, los deleites de la condenación serán más profundos. Un crimen, rápido, que caiga en la nada, según la ley de los hombres.

¡Callate, cállate!... Ahora llega la vergüenza, el reproche. Satán que dice que el fuego es innoble, que mi ira es espantosamente necia. –¡Basta!... Errores, magias, falsos perfumes y músicas pueriles me son sugeridas. –Y pensar que detento la verdad, que vislumbro la justicia: tengo un juicio sano y decidido, estoy a punto para la perfección... Orgullo. –Se me seca la piel de la cabeza. ¡Piedad! Señor, tengo miedo. ¡Tengo sed, tanta sed! ¡Ah! La infancia, la hierba, la lluvia, el lago sobre las piedras, *el claro de luna cuando el campanario daba las doce...* a esa

hora, el diablo está en el campanario. ¡María! ¡Virgen santa!... Me horroriza mi estupidez.

¿No hay allá lejos unas almas honestas que sólo quieren mi bien?... Venid... Tengo una almohada sobre la boca, no me oyen, son fantasmas. Además, nadie piensa nunca en los otros. Que no se acerquen. Sin duda, huelo a chamusquina.

Las alucinaciones son innumerables. Es exactamente lo que siempre he tenido: nada de fe en la historia, el olvido de los principios. Guardaré silencio: poetas y visionarios estarían celosos. Yo soy mil veces más rico: seamos avaros como el mar.

¡Ah, qué cosas!, el reloj de la vida se acaba de parar. Ya no estoy en el mundo. –La teología es seria, el infierno está ciertamente *abajo* –y el cielo, arriba. –Éxtasis, pesadilla, dormir en un nido de llamas.

¡Cuánta malicia hay en la visión que se da del campo! ...Satán, Ferdinand, corre con las semillas silvestres... Jesús camina sobre las cárdenas zarzas sin doblarlas... Jesús camina sobre las aguas encrespadas. La linterna nos lo mostró de pie, blanco y con trenzas oscuras, flanqueado por una ola esmeraldina...

Voy a desvelar todos los misterios: misterios religiosos o naturales, muerte, nacimiento, futuro, pasado, cosmogonía, la nada. Soy maestro en fatamorganas.

¡Escuchad!...

¡Poseo todos los talentos! –Aquí no hay nadie y hay alguien: no quisiera divulgar mi tesoro. ¿Queréis espirituales negros, danzas de huríes? ¿Queréis que desaparezca, que me zambulla en la búsqueda del anillo? ¡Lo queréis? Podría hacer oro, y milagros.

Confiad entonces en mí, la fe consuela, guía, sana. Venid todos –hasta los niños– que yo os consolaré, que su corazón se derrame sobre vosotros –¡el corazón maravilloso! –¡Pobres hombres, trabajadores! No pido oraciones; con vuestra sola confianza, ya me sentiría feliz.

– Y pensemos en mí. Esto hace que apenas añore el mundo. Suerte tengo de que mi sufrimiento no sea mayor. Mi vida sólo consistió en pequeñas locuras, es lamentable.

¡Bah!, hagamos todas las muecas imaginables.

Decididamente, estamos fuera del mundo. Ni siquiera ya un sonido. Incluso perdí el tacto. ¡Ah!, mi castillo, mi Sajonia, mi bosque de sauces. Las tardes, las mañanas, las noches, los días... ¡Qué cansado estoy!

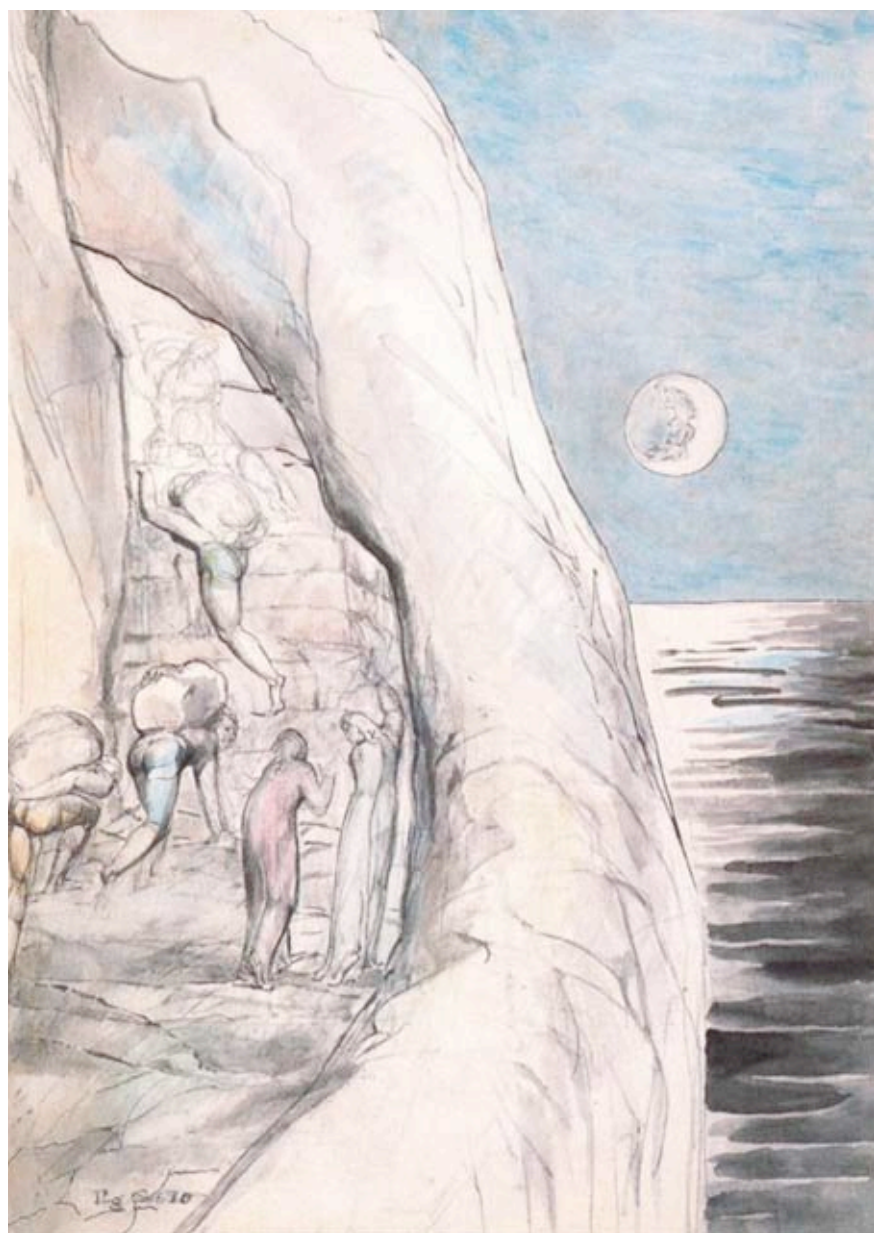
Debiera tener mi infierno para la ira, mi infierno para el orgullo –y el infierno de la caricia; un concierto de infiernos.

Me muero de cansancio. Es la tumba, me doy a los gusanos. ¡Horror ineluctable! Satán, farsante, quieres disolverme con tus encantos. ¡Exijo! ¡Exijo!, un tiro de gracia, una gota de fuego.

¡Ah, volver a la vida! Poner los ojos en nuestras deformidades. ¡Y ese veneno, ese beso mil veces maldito! Mi debilidad, ¡la crueldad del mundo! ¡Dios mío, piedad, escondedme, ya no puedo soportarlo! Estoy oculto y no lo estoy.

El fuego se reaviva con su condenado.







DELIRIOS

I

VIRGEN LOCA

EL ESPOSO INFERNAL

Escuchemos la confesión de un compañero de infierno:

“Oh, divino Esposo, mi Señor, no rechazéis la confesión de la más triste de vuestras siervas. Estoy perdida y ebria y mancillada. ¡Qué vida!

¡Perdón, divino Señor, perdón! ¡Ah, perdón! ¡Cuántas lágrimas! ¡Y cuantas lágrimas espero derramar todavía!

“Más adelante, ¡conoceré al divino Esposo! Nací sometida a Él. –¡Ahora ya puede el otro pegarme!

Ahora, estoy en el corazón del mundo. ¡Oh amigas mías!... no, no amigas mías... Nunca más delirios y torturas semejantes... ¡Qué estupidez!

¡Ah!, sufro, grito. Sufro de verdad. Aunque todo me está permitido, pues cargo con el desprecio de los más despreciables corazones.

Finalmente, hagamos esta confidencia, aun a riesgo de repetirla otras veinte veces –¡igual de patética, igual de insignificante!

Soy esclava del Esposo infernal, el que perdió a las vírgenes locas. Él es precisamente ese demonio. No es un espectro, ni un fantasma. Pero a mí, que he perdido el juicio, que estoy condenada y muerta para el mundo. –¡nadie me matará! –¡Cómo describíroslo! Ya ni siquiera sé hablar. Estoy de luto, lloro, tengo miedo. Señor, si queréis, si no os importa, ¡un poco de aire fresco!

Soy viuda... –Era viuda... sí, ciertamente, fui muy formal antaño; ¡y no nací para acabar en esqueleto!... –Él era casi un niño... Me sedujeron sus misteriosas delicadezas. Por seguirle, olvidé todo deber humano. ¡Qué vida! ¡La verdadera vida está en otra parte! No estamos en el mundo. He de ir a donde vaya él. Y a menudo se enfurece conmigo, conmigo que soy *una pobre alma*. ¡El demonio! –Es un demonio, ¿sabéis?, y *no un hombre*.

Dice: “No me gustan las mujeres”. Todos sabemos que hay que volver a inventar el amor. Ellas no pueden sino buscar una posición segura y, una vez

alcanzada, corazón y belleza quedan abandonados, sólo queda un frío desdén, alimento, hoy, del matrimonio. O bien reparo en mujeres con síntomas de dicha, con las que podría mantener una buena complicidad, si antes no fuesen devoradas por animales sensibles como hogueras...”

Y yo le escucho cómo hace de la infamia gloria, de la crueldad encanto. “Soy de una raza antigua: mis padres eran vikingos, se atravesaban los costados, se bebían su propia sangre. –Yo me sajaré el cuerpo de parte a parte, me tatuaré, quiero ser repulsivo como un mongol: ya verás, aullaré por las calles. Quiero enloquecer totalmente de rabia. No me enseñes nunca joyas, o me arrastraré y retorceré por la alfombra. Quisiera mi riqueza enteramente manchada de sangre. Nunca trabajaré...” Muchas noches, cuando me cogía su demonio, rodábamos juntos, ¡y yo luchaba con él! A menudo, durante las noches, se aposta, ebrio, por las calles o entre las casas, para aterrorizarme mortalmente. –Sin duda me cortarán el cuello; será asqueroso.” ¡Oh!, ¡esos días cuando se mueve con aire criminal!

A veces habla, con una melancólica jerga, de la muerte que conduce al arrepentimiento, de los infelices que sin duda existen, de los trabajos penosos, de las separaciones que desgarran el corazón. En los tugurios donde nos emborrachábamos, lloraba al

ver a los que nos rodeaban, rebaño de la miseria. Levantaba a los borrachos en las negras calles. Tenía la misma piedad que una mala madre por sus hijos. Caminaba con el donaire de una jovencita catequista. Fingía estar enterado de todo, comercio, arte, medicina. –Yo lo seguía, ¡era inevitable!

Veía todo el decorado del que mentalmente se rodeaba: ropa, paños, muebles; yo le prestaba armas, otro rostro. Veía cuanto le impresionaba, tal como él habría querido crearlo para sí. Cuando me parecía verle apático, le acompañaba, precisamente yo, en extrañas y complejas actividades, lejos, buenas o malas: estaba segura de no penetrar nunca en su mundo. Cuántas horas de la noche he pasado en vela, junto a su querido cuerpo dormido, preguntándome el por qué de una necesidad tan intensa de evasión de la realidad. Nunca tuvo hombre alguno similar dedicación. Reconocía, sin temer por él, que podría representar un peligro para la sociedad. ¿Tal vez posea secretos para cambiar la vida? No, sólo los busca, me contestaba. Su caridad, por último, está embrujada, y yo soy su prisionera. Ninguna otra alma tendría la fortaleza suficiente –¡fortaleza por desesperación!– para soportarla, para ser protegida y amada por él. Por otra parte, no me lo imaginaba con otra alma: me parece que cada uno ve su Ángel, pero nunca al Ángel de otro. Yo estaba en su alma como en un palacio al que se ha desalojado para no

ver a una persona tan escasamente noble como uno mismo: eso es todo. ¡Ay de mí!, dependía claramente de él. Pero, ¿qué quería hacer con mi apagada y cobarde existencia? Aunque no me diese muerte, ¡tampoco me haría mejor! Tristemente desengañada, algunas veces le dije: “Te comprendo.” Él se encogía de hombros.

Así, comoquiera que mi pena se renovaba sin cesar, y al encontrarme extraviada a mis propios ojos –al igual que ante todos aquellos que hubiesen querido mirarme, ¡si no estuviese por siempre condenada al olvido de todos!– cada vez estaba más hambrienta de su bondad. Con sus besos y sus abrazos amistosos entraba yo, sin duda, en un cielo, en un oscuro cielo, en el que hubiese querido permanecer abandonada, pobre, sorda, muda, ciega. Ya me iba habituando a ello. Nos veía como a dos niños buenos, libres para pasearse por aquel Paraíso de tristeza. Nos entendíamos. Muy emocionados, trabajábamos juntos. Pero, tras una penetrante caricia, él decía: Qué extraño te parecerá, cuando yo ya no esté aquí, todo esto por lo que has pasado. Cuando ya no tengas mis brazos en tu cuello, ni mi corazón para recostarte en él, ni esta boca sobre tus ojos. Pues un día habré de marcharme, muy lejos. Además, he de ayudar a otras: es mi obligación. ¡Aunque no me sea muy grato... mi alma querida...! Inmediatamente me imaginaba a mí misma, habiendo ya partido él,

presa del vértigo, arrojada en la más tenebrosa oscuridad: la muerte. Le hacía prometer que no me abandonaría. Y veinte veces hizo esa promesa de amante. Tan frívolo era él como lo era yo cuando le decía: “¡Te comprendo!”

¡Ah!, nunca tuve celos de él. Creo que no me abandonará. ¿Qué podría hacer? No sabe nada, ni trabajará nunca. Quiere vivir sonámbulo. ¿Le habilitarían su bondad y su caridad, tan sólo ellas, para el mundo real? Olvido por instantes la conmisericordia en la que he caído; él me hará fuerte, viajaremos, cazaremos en los desiertos, dormiremos en el pavimento de ciudades ignotas, sin preocupaciones ni penas. O me despertaré, y –gracias a su mágico poder– las leyes y costumbres habrán cambiado; o el mundo, permaneciendo igual, me abandonará a mis deseos, alegrías, indolencias. ¡Oh!, ¿me darás tú esa vida de aventuras que encierran los libros infantiles para compensarme de tanto sufrimiento? No puede. Desconozco su ideal. Me habló de sus penas y esperanzas: eso no me concierne. ¿Le habla a Dios? Tal vez debería yo invocar a Dios. Estoy en el corazón del abismo, y ya no sé rezar.

Si él me explicase sus tristezas, ¿las comprendería mejor que sus sarcasmos? Me ataca, pasa horas avergonzándose de todo lo que me ha conmovido en el mundo, y se indigna si lloro.

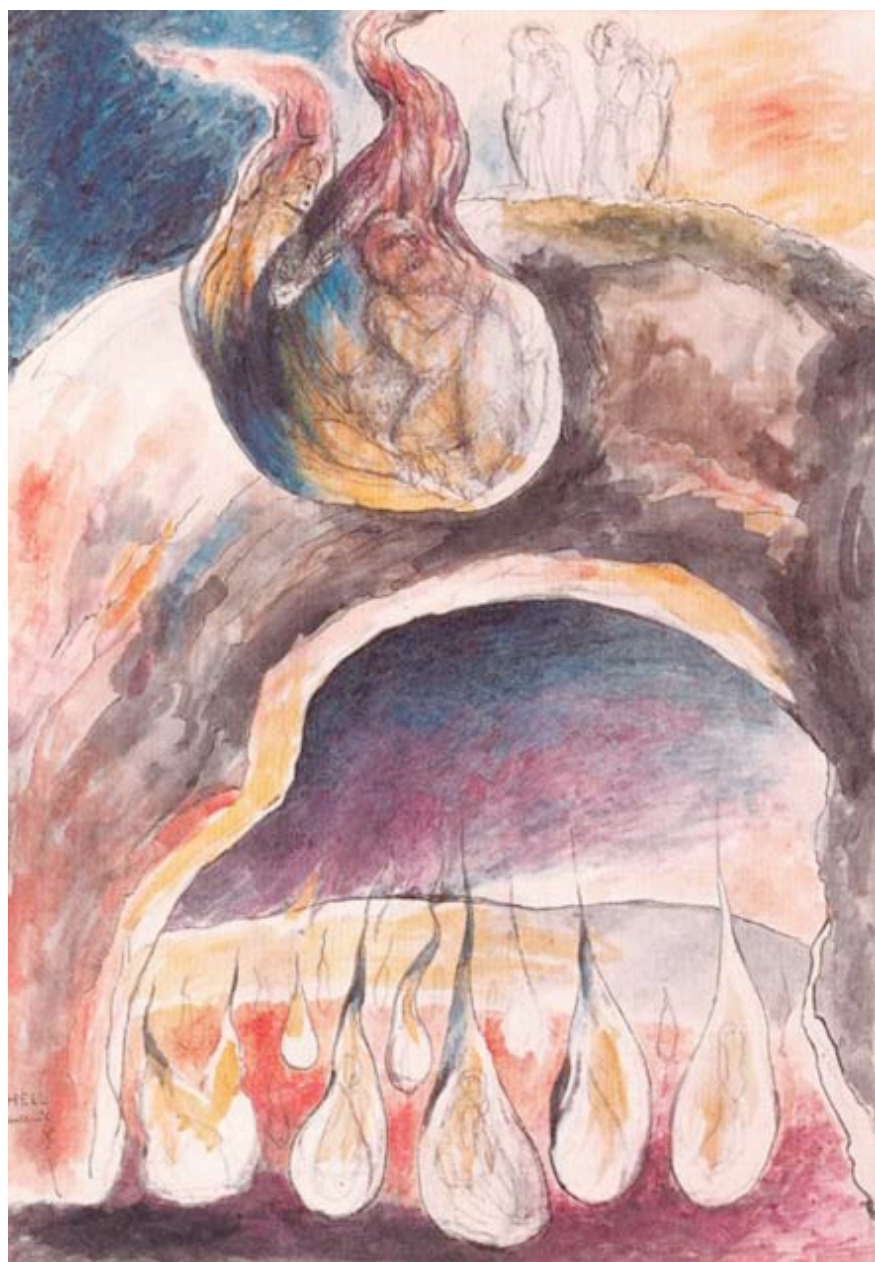
“¿Ves a ese elegante joven que entra en la hermosa y tranquila mansión? Se llama Duval, Dufour, Armand, Maurice, ¡qué sé yo! Una mujer dedicó su vida a amar a ese infame: ahora está muerta, ahora es sin duda una santa en el cielo. Tú me harás morir como él hizo con esa mujer. Es nuestro destino, el de nuestros corazones caritativos...” ¡Ay! Había días en que el hombre y sus actos le parecía juguete de delirios grotescos: no hacía más que reír espantosamente, durante largo tiempo. –Después, volvía a su amanerada gesticulación de joven madre, de hermana querida. Si fuera menos salvaje, ¡estaríamos salvados! Pero su dulcedumbre también es mortal. Estoy sometida a él. –¡Ah, estoy loca!

Quizá un día desaparezca de forma prodigiosa; pero si ha de subir a algún cielo, tengo que saberlo: ¡quiero contemplar el instante de la ascensión de mi buen amigo!

¡Curiosa pareja!



F. g. (22) 526



DELIRIOS

II

ALQUIMIA DEL VERBO

Esta es la historia de una de mis locuras.

Hace mucho tiempo que me jacto de poseer todos los paisajes posibles y encuentro irrisorias las celebridades de la pintura y poesía modernas.

Me gustaban las pinturas cursis: dinteles de puertas, decorados, lonas de saltimbanquis, rótulos, estampas populares; la literatura pasada de moda: latín de iglesia, libros eróticos sin ortografía, noveluchas de nuestras abuelas, cuentos de hadas, pequeños libros infantiles, antiguas óperas, estribillos necios, ritmos ingenuos.

Soñaba con cruzadas, viajes de descubrimientos de los que no se tiene relato, repúblicas sin historia, guerras de religión sofocadas, revoluciones de costumbres, desplazamientos de razas y continentes: creía en todos lo hechizos.

¡Inventé el color de las vocales! –A negro, E blanco, I rojo, O azul, U verde. –Determiné la forma y el

movimiento de cada consonante, y, con ritmos instintivos, me vanaglorié de inventar un verbo poético accesible, antes o después, a todos los sentidos.

Aplazaba la traducción.

Al principio fue un estudio. Escribía silencios, noches, anotaba lo inexpresable. Caligrafiaba vértigos.

Lejos de pájaros y rebaños y campesinas,
¿Qué bebía yo, arrodillado en aquel brezal
junto a los retoños de un tierno avellano,
una tarde opalescente de cálida bruma?

¿Qué podía yo beber en el joven Oise,
-¡olmos áfonos, hierba sin flores, cielo nublo!-
en aquellas calabazas, lejos de mi entrañable choza?
Algún oropimente y ardentísimo licor.

Yo era como un equívoco anuncio de posada.
Una tormenta borró el cielo. En la noche
el agua del bosque se hundía en la límpida arena,
el viento arrojaba carámbanos al estanque.

Llorando, veía oro: -y no pude beber.

En verano, al filo de la madrugada.
aún dura el sueño de amor,
y bajo los árboles se evapora
el olor de la noche que fue fiesta.

Allá, en sus talleres enormes,
al sol de las Hespérides,
se afanan ya -remangados-
los carpinteros.

En desiertos de musgo aprestan,
tranquilos, los nobles artesonados
bajo los cuales la ciudad
pintará cielos ilusorios.

Por estos obreros maravillosos,
siervos del rey de Babilonia,
¡deja, oh Venus, a los Amantes
cuyas almas son cual coronas!

Oh Reina de los Pastores
ofréndale aguardiente a los que trabajan
para que sus fuerzas se templen,
en espera del baño salobre de mediodía.

La antigualla poética cumplía un papel importante en mi alquimia del verbo.

Me acostumbré a la pura alucinación: veía con toda naturalidad una mezquita en lugar de una fábrica, una escolanía de tambores formada por ángeles, calesas por los caminos del cielo, un salón en el fondo de un lago; monstruos y misterios; un título de vodevil despertaba terrores en mí.

¡Después expliqué mis mágicos sofismas con la alucinación de las palabras!

Acabé por considerar sagrado el desorden de mi espíritu. Estaba ocioso, presa de onírica fiebre; envidiaba la dicha de los animales –¡las orugas, que representan la inocencia del limbo, los topos –el sueño de la virginidad!

Mi carácter se agriaba. Me despedía del mundo en una especie de romances:

CANCIÓN DE LA MÁΣ ALTA TORRE

Venga el tiempo
del sublime amor.

Tanto esperé
que jamás olvido;
temores, dolores,
al cielo partieron.
Y una sed mórbida
oscurece mis venas.

Venga el tiempo
del sublime amor.

Así, la pradera
caída en el olvido,
crece con sus flores
de incienso y cizañas.
Al hosco bordoneo
de las sucias moscas.

Venga el tiempo
del sublime amor.

Amé el desierto, los vergeles calcinados, las míseras
tiendas, los alcoholes tibios. Mi errancia me llevó a
hediondas callejuelas, y, con los ojos cerrados, me
ofrecí al sol, dios del fuego.

“General, si aún queda un viejo cañón en tus fortifi-
caciones en ruinas, bombardéanos con andanadas
de tierra seca. ¡Y también los escaparates de los

espléndidos almacenes! ¡y los salones! Hazle morder su propio polvo a la ciudad. Oxida las gárgolas. Llena las estancias con polvareda de ardiente rubí...”

¡Oh! ¡el moscardón borracho en el urinario de la posada, enamorado de la borraja y al que disuelve un rayo!

HAMBRE

Si algo me gusta, son
las piedras y la tierra.
Como siempre aire,
piedras, carbón, hierro.

Retorna, hambre mía, y sáciate
en el prado de los sonidos.
Ofrécete el ágil veneno
de las enredaderas.

Come los guijarros hechos añicos,
las viejas piedras de iglesia,
los cantos rodados de antiguos diluvios,
panes sembrados en valles umbríos.

Aúlla el lobo en el matorral
escupiendo las bellas plumas
de su manjar de aves:
¡y como él, yo me consumo!

La cosecha aguardan
verduras, frutos,
aunque la araña del seto
sólo come violetas.

Esté yo dormido, o en el altar
de Salomón bullebulle,
la espuma corre con el orín
y va a mezclarse con el cedrón.

Finalmente, ¡oh dicha!, ¡oh razón!, separé del cielo
–que es negro– el azul, y viví, dorado resplandor de
la luz *natural*. En mi alegría, acabé por expresarme
de la manera más insensata y bufa posible:

La he vuelto a encontrar.
¿Qué? –La Eternidad.
Sol que se ha marchado
en pos de la mar.

Oh, alma mía,
desvela el desvelo
de la noche sola
y el día ardiendo.

De sufragios humanos,
de arrebatos comunes
te evades,
y vuelas según.

No hay esperanza,
no, no hay orietur.
Ciencia con paciencia,
el suplicio aseguran.

No hay mañana,
brasas de satén,
pues si ardéis
es sólo por deber.

La he vuelto a encontrar.
¿Qué? –La Eternidad.
Sol que se ha marchado
en pos de la mar.

Me convertí en una fabulosa ópera: vi que todos los seres son fatalmente felices: la acción no es la vida, sino un modo de arruinar cualquier fuerza, un debilitamiento. La moral es la debilidad del cerebro.

Me parecía que a cada ser le eran debidas otras varias vidas. Este señor no sabe lo que hace: es un ángel. Esta familia es una camada de perros. Hablé en voz alta, ante muchos hombres, con un momento de sus otras vidas. –Fue así como amé a un cerdo. No he olvidado ninguno de los sofismas de la locura –la locura a la que se encierra–: podría repetirlos todos, poseo el sistema.

Mi salud quedó amenazada. Llegaba el terror. Me sumía en sueños que se prolongaban varios días, y, una vez en pie, continuaba con los más tristes sueños. Estaba maduro para la muerte y, por un camino erizado de peligros, mi debilidad me conducía a los confines del mundo y de la Cimeria, patria de la sombra y los torbellinos.

Hube de viajar, distraer los encantamientos convocados sobre mi cerebro. Sobre el mar, al que amaba como si él pudiese lavarme de una falta, veía alzar-se la cruz reparadora. Había sido condenado por el arco iris. La Dicha era mi sino, mi remordimiento, mi gusano: siempre sería mi vida demasiado inmensa para dedicarla a la fuerza y la belleza.

¡La Dicha! Su diente, dulce hasta la muerte, me advertía con el canto del gallo –*ad matutinum*, al *Christus venit*–, en las más sombrías ciudades.

¡Oh castillos, oh estaciones!
¿Qué alma no cae en desgracia?

Ensayé la mágica alquimia
de la felicidad, que nadie elude.

Que siempre sea alabada
cuando canta el gallo galo.

¡Ay! a nada aspira ya mi alma:
él se ocupa de mi vida.

Este hechizo tomó alma y cuerpo
y me liberó de cualquier afán.

La hora de su huida, ¡ay!
será la hora de la muerte.

¡Oh, estaciones, oh castillos!

Todo esto sucedió. Ahora sé saludar a la belleza.





P-g Gato 1

LO IMPOSIBLE

¡Ay!, qué estupidez aquella vida de mi infancia, la carretera principal en cualquier época, sobrenaturalmente sobrio, más desinteresado que el mejor de los mendigos, orgulloso de no tener ni país ni amigos. ¡Sólo ahora me doy cuenta!

Tuve razón al despreciar a esos infelices que no dejarían pasar la oportunidad de una caricia, parásitos de la limpieza y salud de nuestras mujeres, hoy que ellas están tan poco de acuerdo con nosotros.

Tuvo razón en todos mis desdenes: ¡puesto que me evado!

¡Me evado!

Me explico.

Aún ayer suspiraba: “¡Cielos! ¡Ya somos bastantes los condenados aquí abajo! ¡Y yo llevo tanto tiempo en su rebaño! Los conozco a todos. Nos reconocemos siempre, nos damos asco. La caridad nos es ajena. Pero somos educados; nuestras relaciones con el mundo son muy correctas.” ¿Acaso es sorprendente? ¡El mundo! ¡Los mercaderes! ¡Los ingenuos! –Nosotros no estamos deshonorados. –Mas ¿cómo nos

recibirán los elegidos? Hay, no obstante, gentes hoscas y alegres, falsos elegidos, pues se necesita audacia o humildad para abordarlos. Son los únicos elegidos. ¡No se prodigan en bendiciones!

Habiendo recuperado unas migajas de juicio –¡lo que no dura mucho!– veo que mi malestar procede de no haber reparado con suficiente prontitud en que estamos en Occidente. ¡Las marismas occidentales! No es que la luz me parezca cambiada, agotada la forma, extraviado el movimiento... ¡Bien!, sucede que mi espíritu quiere imperiosamente asumir todas las crueles mutaciones sufridas por el espíritu desde que se acabó el Oriente... ¡Mi espíritu lo quiere!

... ¡Las migajas de mi juicio se han acabado! El espíritu es autoridad, quiere que permanezca en Occidente. Habría que acallararlo para concluir como yo quería.

Mandaba al diablo las palmas del martirio, los esplendores del arte, el orgullo de los inventores, la contumacia de los ladrones; volvía mi mirada hacia Oriente y a la sabiduría primera y eterna. –¡Esto parece un sueño de vulgar pereza!

Sin embargo, apenas imaginaba el placer de escapar a los sufrimientos modernos. No tenía en cuenta la bastarda sabiduría del Corán. Mas, después de esta declaración de la ciencia, el cristianismo, ¿no hay un

suplicio real en que el hombre se *engañe*, se demuestre a sí mismo las evidencias, se infatúe con el placer de repetirse esas pruebas y no viva sino así? Sutil tortura, y necia; fuente de mis espirituales divagaciones. ¡La naturaleza podría aburrirse, tal vez! El señor Prudhomme nació con Cristo.

¡No es porque cultivemos la bruma! Comemos la fiebre con nuestras acuosas legumbres. ¡Y la embriaguez!, ¡el tabaco!, ¡la ignorancia! y ¡las abnegaciones! ¿Está todo esto lo suficientemente lejos del modo de pensar de la sabiduría de Oriente, la patria primitiva? ¡Para qué un mundo moderno si se inventan tales venenos!

Las gentes de Iglesia dirán: comprendido. Pero usted quiere hablar del Edén. No hay nada para usted en la historia de los pueblos orientales. Es cierto, ¡estaba pensando en el Edén! ¡Qué es para mi sueño esa pureza de las antiguas razas!

Los filósofos: el mundo no tiene edad. La humanidad, simplemente, se desplaza. Está usted en Occidente, pero es libre de habitar su propio Oriente, tan antiguo como usted lo precise –y de vivir bien en él. No se dé usted por vencido. Filósofos, vosotros sois de vuestro Occidente.

Ten cuidado, espíritu mío: nada de violentas posturas de salvación. ¡Ejercítate! –¡Ah!, ¡la ciencia no avanza lo suficientemente rápido para nosotros!

–Pero me doy cuenta de que mi espíritu duerme.

¡Si a partir de ahora estuviese siempre bien despierto, pronto alcanzaríamos la verdad, que quizá nos rodea con sus ángeles llorando!... ¡Si hasta ahora hubiese estado despierto, no habría cedido a los instintos deletéreos, a la tentación de una época inmemorial! –Si siempre hubiese estado bien despierto, yo bogaría ahora en plena sabiduría!...

¡Oh pureza, pureza!

¡Este minuto de vigilia me ha otorgado la contemplación de la pureza! –¡Por el espíritu se va a Dios!

¡Desgarrador infortunio!





PAR. 2. 30

EL RELÁMPAGO

El trabajo humano! es la explosión que de vez en cuando ilumina mi abismo.

“Nada es vanidad; a la ciencia y ¡adelante!, clama el moderno Eclesiastés, es decir *Todo el mundo*. Y sin embargo, los cadáveres de los vagos y maleantes caen sobre el corazón de los demás... ¡Ah!, deprisa, más deprisa; allá lejos, más allá de la noche, esas recompensas futuras, eternas... ¿las dejamos escapar?...

¿Qué puedo hacer? Conozco el trabajo, y la ciencia es demasiado lenta. Que la plegaria galope y truene la luz... lo veo claramente. Es demasiado simple, y hace demasiado calor; no me tendrán en cuenta. Tengo mis obligaciones; estaré orgulloso de ellas dejándolas de lado, como tantos otros.

Mi vida está gastada. ¡Vamos! finjamos, holgazaneemos, ¡oh piedad! Y existiremos divirtiéndonos, soñando amores monstruosos y fantásticos universos, maldiciendo y porfiando contra las apariencias del mundo, saltimbanqui, mendigo, artista, bandido –¡sacerdote! En mi lecho de hospital ha vuelto a mí el olor del incienso, tan penetrante; guardián de los aromas sagrados, confesor, mártir...

En ello reconozco mi sórdida educación infantil. Después ¡qué!... Ir a por mis veinte años, como los demás van a por los suyos...

¡No! ¡No! ¡Ahora me sublevo contra la muerte! El trabajo le parece poca cosa a mi orgullo: mi traición al mundo sería un suplicio demasiado corto. En el último momento atacaría a derecha, a izquierda... Entonces –¡oh!– querida y pobre alma, ¡la eternidad no estaría perdida para nosotros!

MAÑANA

¿No tuve una vez una juventud amable, heroica, fabulosa, merecedora de ser escrita en hojas de oro? –¡demasiada suerte! ¿Por qué crimen, por qué error merezco mi actual debilidad? Vosotros, que pretendéis que los animales sollocen de pesar, que los enfermos desesperen, que los muertos tengan malos sueños, procurad relatar mi caída y mi sueño. Ahora yo sólo puedo explicarme como el mendigo con sus continuos *Pater* y *Ave María*. ¡Ya no sé hablar!

Hoy, no obstante, creo haber concluido el relato de mi infierno. Ciertamente era el infierno; el antiguo, aquél cuyas puertas abrió el hijo del hombre.

Desde el mismo desierto, en la misma noche, mis ojos cansados se abren una vez más a la estrella de plata, sin que se conmuevan los Reyes de la vida, los tres magos, el corazón, el alma, el espíritu. ¿Cuándo iremos, más allá de los arenales y los montes, a saludar el nacimiento del trabajo nuevo, la sabiduría nueva, la huida de los tiranos y los demonios, el final de la superstición? ¿Cuando iremos a adorar –¡los primeros! la Navidad en la tierra?

¡El canto de los cielos, la marcha de los pueblos! Esclavos, no maldigamos la vida.

ADIÓS

¡El Otoño, ya! –Pero ¿por qué añorar un eterno sol, si estamos empeñados en el descubrimiento de la claridad divina –lejos de las gentes que mueren con las estaciones?

Otoño. Nuestra barca, alzada en las inmóviles brumas, vira hacia el puerto de la miseria, la enorme ciudad con su cielo manchado de fuego y lodo. ¡Ay!, ¡los harapos podridos, el pan empapado de lluvia, la embriaguez, los mil amores que me han crucificado! Así, pues, ¿nunca acabará esta vampiro, reina de

almas y cuerpos muertos y que serán juzgados? Vuelvo a verme la piel, corroída por el lodo y la peste, llenos de gusanos los cabellos y las axilas, y con gusanos aún mayores en el corazón, tendido entre los desconocidos sin edad, sin sentimiento... Hubiera podido morir ahí... ¡Qué espantosa evocación! Abomino de la miseria.

¡Y me asusta el invierno porque es la estación de la comodidad!

A veces veo en el cielo playas sin término, cubiertas de blancas naciones gozosas. Sobre mí, un gran barco de oro agita sus arcoirisados pabellones bajo la brisa de la mañana. He creado todas las fiestas, todos los triunfos, todos los dramas. He tratado de inventar nuevas flores, nuevos astros, nuevas carnes, nuevas lenguas. He creído adquirir poderes sobrenaturales. ¡Pues bien! ¡Debo enterrar mi imaginación y mis recuerdos! ¡Una hermosa gloria de artista y narrador malograda!

¡Yo!, ¡yo que me he pretendido mago o ángel, exento de toda moral, estoy caído por tierra, con un deber que buscar, y la tosca realidad por abrazar! ¡Campesino!

¿Estoy equivocado? ¿Será, para mí, la caridad, hermana de la muerte?

Pido, finalmente, perdón por haberme alimentado de mentiras. Y adelante..

¡Pero ni una mano amiga! ¿Y dónde encontrar ayuda?

Sí, la nueva hora es, como poco, muy severa.

Porque puedo decir que me ha sido concedida la victoria: se mitigan el crujir de dientes, el chisporroteo del fuego, los suspiros apestados. Todos los recuerdos inmundos se borran. Se disipan mis últimas añoranzas –celos de los mendigos, los bandidos, los amigos de la muerte, los deficientes de todo tipo. –Condenados, ¡si yo me vengara!

Hay que ser completamente moderno.

Nada de cánticos: mantener lo ganado. ¡Dura noche! La sangre reseca humea en mi cara, ¡y detrás de mí sólo tengo ese horrible arbusto!... El combate espiritual es tan feroz como la batalla de los hombres; pero la visión de la justicia es placer exclusivo de Dios.

No obstante, es la víspera. Acojamos todos los influjos de vigor y auténtica ternura. Y con la aurora, armados de una ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades.

¿Qué decía yo de una mano amiga? Es una buena ventaja que pueda reírme de los viejos amores engañosos, y avergonzar a esas parejas mentirosas –allí vi el infierno de las mujeres–; y me será posible *poseer la verdad en un alma y un cuerpo*.

Abril-agosto 1873



CARTA DEL VIDENTE



CARTA DE ARTHUR RIMBAUD A PAUL DEMENY

Charleville, 15 de mayo 1871

He decidido concederle una hora de literatura nueva; comienzo al instante con un salmo de actualidad.

CANTO DE GUERRA PARISINO

Ya llegó la Primavera: del
corazón de las verdes propiedades,
el vuelo de Thiers y Picard
despliega todo su esplendor.

¡Oh, mayo!, ¡qué delirio de culos al aire!
Sèvres, Meudon, Bagneux, Asnières,
¡Escuchad cómo los bienvenidos
siembran las cosas primaverales!

¡Tienen chacó, sable y tam-tam,
no los viejos velones
y yolas que jam... jam... jam
hienden el lago ensangrentado!

Estamos de jarana más que nunca
cuando en nuestras guaridas
caen los dorados obuses
que alumbran auroras secretas.

Thiers y Picard son unos Eros,
raptores de heliotropos,
que pintan Corots a bombazos:
ahí vienen zumbando sus tropas...

¡Son conmlitones del Gran Truco!
Y Favre, echado entre gladiolos,
lágrima en el ojo,
se esnifa la pimienta.

Arde el pavimento de la gran ciudad
a pesar de vuestras duchas de petróleo:
así que os vamos a dar
estopa para que no olvidéis...

¡Y los rurales que se amodorrán
agazapados a todas horas,
oirán quebrarse las ramas
entre roces que levantan sangre!

A. RIMBAUD

–Y ahora prosa sobre el porvenir de la poesía–

Toda poesía antigua lleva a la poesía griega. Vida armoniosa. – De Grecia al movimiento romántico –edad media– hay letrados, versificadores. De Ennius a Theroldus, de Theroldus a Casimir Delavigne, todo es prosa rimada, un juego, consunción y gloria de innumerables generaciones idiotas: Racine es el puro, el fuerte, el grande. –Si se hubieran aventado sus rimas, revuelto sus hemistiquios, el Divino Tonto sería hoy tan desconocido como el autor de *Orígenes*. – Después de Racine, el juego se herrumbra. Duró dos mil años.

Ni burla ni paradoja. La razón me inspira más certidumbres sobre el tema que cóleras tuvo nunca un miembro de Joven-Francia. Por lo demás, los *nuevos* son muy libres para detestar a sus antepasados: estamos en casa y tenemos tiempo.

Nunca se valoró bien el romanticismo. ¿Quién lo habría hecho? ¿Los críticos? ¿Los románticos, que han demostrado hasta el hartazgo que la canción pocas veces es la obra, es decir el pensamiento cantado y *comprendido* del cantor?

Porque Yo es otro. Si el cobre se despierta clarín, no tiene culpa alguna. Me parece evidente: asisto a la eclosión de mi pensamiento: lo contemplo, lo escu-

cho: muevo el arco: la sinfonía se revuelve en las profundidades, o salta sobre el escenario.

Si los viejos imbéciles sólo hubieran encontrado en el Yo su falso significado, no tendríamos que barrer esos millones de esqueletos que, desde tiempo inmemorial, acumulan los productos de su dudosa inteligencia ¡proclamándose sus autores!

En Grecia, dije, versos y liras *dan ritmo a la Acción*. Después, música y rimas son juegos, distracciones. El estudio de ese pasado encandila a los curiosos; muchos se regocijan renovando esas antiguallas: –allá ellos. La inteligencia universal ha dado a conocer siempre sus ideas, naturalmente; los hombres recogían una parte de esos frutos del cerebro: actuaban de acuerdo a ellos, se escribían libros: así estaban las cosas, pues el hombre no se trabajaba, no estaba aún despierto, o todavía no en la plenitud del gran sueño. Funcionarios, escritores: autor, creador, poeta, ¡ese hombre nunca existió!

Lo primero que tiene que estudiar el hombre que quiere ser poeta es su propio conocimiento, entero; busca su alma, la inspecciona, la tantea, la aprende. En cuanto la conoce, debe cultivarla; eso parece sencillo: en todo cerebro se lleva a cabo un desarrollo natural; tantos *egoístas* se proclaman autores; ¡hay muchos otros que se atribuyen su progreso intelec-

tual! –Pero se trata de hacer el alma monstruosa: a la manera de los traganiños, ¡vaya! Imaginad un hombre que se implanta verrugas en la cara y las cultiva.

Digo que hay que ser *vidente*, hacerse *vidente*.

El Poeta se hace *vidente* por un largo, inmenso y razonado *desorden de todos los sentidos*. Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura; busca por sí mismo, agota en él todos los venenos, para quedarse con la quintaesencia. Inefable tortura para la que necesita toda la fe, toda la fuerza sobrehumana, que le lleva a convertirse entre todos en el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito –¡y el Sabio supremo! –¡Porque llega a lo *desconocido*! ¡Porque ha cultivado su alma, ya rica, más que nadie! Llega a lo desconocido y aun cuando, loco, acabara perdiendo la inteligencia de sus visiones, ¡las ha visto! ¡Que reviente en su salto por las cosas inauditas e innombrables!: vendrán otros horribles trabajadores; ¡empezarán por los horizontes donde el otro se derrumbó!

–Continuará dentro de seis minutos–

Aquí intercalo un segundo salmo *fuera del texto*: préstele un oído complaciente –y todo el mundo

estará encantado. –Tengo el arco en la mano,
empiezo:

EL VANO PRIMER AMOR

Un hidrolato lacrimal lava
los cielos opalinos
bajo el árbol en yemas
que empapa vuestros cauchos.

Con blancos y redondos trazos
de lluvia, como lunas secretas.
¡Entrechocad vuestras rodillas
adefesios míos!

Nos queríamos por entonces,
¡adefesio azul!
comíamos huevos pasados por agua
¡y moras!

Una noche me ungiste poeta,
adefesio rubio:
ven aquí, quiero azotarte
sobre mi regazo;

Vomité tu liquidámbar,
adefesio negro;
tú cortarías mi mandolina
haciendo tabla rasa.

¡Qué asco! mi reseca saliva,
adefesio cárdeno,
aún infecta los surcos
de tus redondos pechos!

¡Oh, mis primeros amores,
cuánto os detesto!
¡Rellenad vuestras horribles tetas
con lamentables trapos!

Pisotead mis viejos odres
de sentimiento;
-¡saltad, pues! ¡sed mis bailarinas
por un momento!...

Vuestros omóplatos se desencajan,
¡oh, amores míos!
con una estrella en los riñones y cojas
¡seguid dando vueltas!

¡Y para colmo yo compuse versos
alabando estas ancas!
¡Quisiera partiros las caderas
por mi amor tan en vano!

¡Desangeladas estrellas rotas,
volved a vuestros rincones!
-¡Reventaréis en Dios, colmadas
de ignominia las albardas!

Con blancos y redondos trazos
de lluvia, como lunas secretas,
¡Entrechocad vuestras rodillas,
adefesios míos !

A. R.

Eso es todo. Y observe que, si no temiera hacerle desembolsar 60 céntimos de porte –yo, ¡pobre desgraciado que desde hace siete meses no ha tocado un bronce! – le enviaría también mis *Amantes de París*, cien hexámetros, señor, y mi *Muerte de París*, ¡doscientos hexámetros!–

Prosigo:

Así, pues, el poeta es realmente ladrón de fuego.

Tiene a su cargo la humanidad, a los *animales* incluso; deberá hacer sentir, palpar, escuchar sus invenciones; si lo que trae de *allá* tiene forma, él le dará forma; si es informe, dará algo informe. Encontrar una lengua.

–Por lo demás, como toda palabra es idea, ¡llegará la hora de un lenguaje universal! Hay que ser académico –más muerto que un fósil– para completar un diccionario, de la lengua que sea. ¡Algunos débiles

podrían ponerse a *pensar* en la primera letra del alfabeto, y caer rápidamente en la locura!–

Esta lengua será del alma para el alma, y lo resumirá todo: perfumes, sonidos, colores, pensamiento tras pensamiento. El poeta definirá la cantidad de lo desconocido que se despierta en su época en el alma universal: daría más –que la fórmula de su pensamiento, que la notación de *su marcha* hacia el Progreso. Enormidad que se hace norma, absorbida por todos, *¡él sería realmente un multiplicador de progreso!*

Como puede ver, este porvenir será materialista; –Siempre llenos del *Número* y de la *Armonía*, esos poemas estarán hechos para permanecer. –En el fondo, seguirá siendo un poco la Poesía griega.

El arte eterno tendría sus funciones, del mismo modo que los poetas son ciudadanos. La Poesía ya no acompañará la acción; *irá por delante*.

¡Esos serán los poetas! Cuando se consiga quebrar la infinita servidumbre de la mujer, cuando viva para ella y por ella, porque el hombre –hasta entonces abominable– la haya liberado, ¡la mujer también será poeta! ¡La mujer encontrará lo desconocido! ¡Diferirá de los nuestros su mundo de ideas? –Encontrará cosas extrañas, insondables, repugnan-

tes, deliciosas; las tomaremos, las comprenderemos. Mientras tanto, pidamos a los poetas algo nuevo –ideas y formas. Todos los listos creerán muy pronto que han satisfecho esa demanda. –¡No es eso!

Los primeros románticos fueron videntes sin apenas darse cuenta: el cultivo de sus almas se inició con accidentes: locomotoras abandonadas, pero abrasadoras, que se aferran durante algún tiempo a los raíles. –A veces Lamartine es vidente, pero está estrangulado por la vieja forma. –Hugo, demasiado terco, tiene mucha cosa ya vista en los últimos volúmenes: *Los Miserables* son un verdadero poema. Obran en mi poder *Los Castigos*; Stella da poco más o menos la medida de la visión de Hugo. Demasiados Belmontet, y Lamennais, Jehovás y columnas, viejas enormidades reventadas.

Musset resulta catorce veces execrable para nosotros, generaciones dolorosas y apresadas por las visiones –¡que han sido insultadas por su pereza de ángel! ¡Oh!, ¡los cuentos y los proverbios insulsos! ¡Oh, las noches! ¡oh, Rolla, oh, Namouna, oh, la Copa! todo es francés, es decir detestable en grado sumo; ¡francés, no parisino! ¡Nuevamente una obra de este odioso genio que inspiró a Rabelais, Voltaire, Jean La Fontaine, comentado por el señor Taine! ¡Primaveral, el espíritu de Musset! ¡Hechicero, su amor! ¡He ahí poesía sólida, desde la pintura hasta

el esmalte! Durante largo tiempo se saboreará la poesía francesa, si bien sólo en Francia. Todo dependiente de colmado tiene aptitudes para desmadejar un apóstrofo del poema Rolla; cualquier seminarista lleva anotadas sus quinientas rimas en el secreto de un librito. A los quince años, estos apasionados arrebatos ponen en celo a los jóvenes; a los dieciséis, ya se contentan con recitarlos de *corazón*; a los dieciocho años, y también a los diecisiete, cualquier colegial con medios hace su Rolla, ¡escribe un Rolla! Incluso algunos tal vez se mueren de eso. Nada supo hacer Musset; tenía visiones tras la gasa de las cortinas: cerró los ojos. Francés, inconsistente, arrastrado desde el cafetín hasta el pupitre del colegio, el hermoso muerto está muerto y, en lo sucesivo, ¡no nos tomemos la molestia de despertarlo mediante nuestras abominaciones!

Los segundos románticos son muy videntes: Th. Gautier, Le [conte] de Lisle, Th. de Banville. Pero, puesto que indagar lo invisible y escuchar lo inaudito es algo distinto a reavivar el espíritu de las cosas muertas, Baudelaire resulta ser el primer vidente, rey de los poetas, un verdadero Dios. Vivió todavía en un ambiente demasiado artista; y la forma tan ensalzada en él resulta mezquina: las invenciones de lo desconocido reclaman nuevas formas.

Experimentada en las viejas formas, entre los inocentes, A. Renaud –hizo su Rolla–; –L. Grandet –hizo su Rolla; –Los galos y los Musset, G. Lafenestre, Coran, C. Popelin, Souлары, L. Salles; los escolares, Marc, Aicard, Theuriet; los muertos y los imbéciles, Autran, Babier, L. Pichat, Lemoyne, Los Deschamps, los Desessarts; los periodistas, L. Cladel, Robert Luzarches, X. de Ricard; los caprichosos, C. Mendès; los bohemios; las mujeres; los talentos, Léon Dierx y Sully-Prudhomme, Coppée –la nueva escuela, llamada parnasiana, tiene dos videntes, Albert Mérat y Paul Verlaine, un verdadero poeta. –Eso es todo. Por tanto me aplico a convertirme en vidente. –Y concluyamos con un canto piadoso.

EN CUCLILLAS

Tarde, cuando ya siente náuseas en el estómago,
 el hermano Milotús, con un ojo en la claraboya
 por donde el sol, inmaculado y deslumbrante cal-
[dero
 le asaetea con una migraña que anubla su vista,
 remueve entre las sábanas su panza de cura.

Se agita convulso bajo la pardusca manta,
 salta de la cama, y ovillándose con temblor,

asustado como un viejo que tomara su rapé,
 necesita, mientras coge el blanco orinal,
 remangarse hasta los costales la camisa.
 En cuclillas, aterido, con los dedos de los pies
 encogidos, temblando al claro sol que ofrece
 el oro de sus panes al inmundo tragaluz;
 y la nariz del pobre con resplandor de laca
 resopla al nuevo día, cual carnosos políperos.

.

Se cuece a fuego lento, con los brazos cruzados, y el
 [belfo
 en la panza: siente cómo sus muslos se derriten al
 [fuego,
 y se chamuscan sus calzas, y se apaga su pipa;
 Cae en la cuenta de que algo se agita cual pájaro
 en su vientre, adormecido montón de tripas.

En torno a él duermen los toscos muebles en desor-
 [den
 entre jirones de mugre y vientres sucios:
 Escabeles, cual sapos extraños, se agazapan
 en los oscuros rincones: el aparador abre
 sus fauces de chantre con terribles apetitos.

El nauseabundo calor invade el exiguo cubículo;
 el cerebro del hombre parece relleno de estopa.
 Siente cómo los pelos crecen en su matorosa piel

y a veces, con hipidos de grotesca seriedad,
se desahoga, removiendo el escabel que cojea...

.

Y de noche, al resplandor de la luna, que traza
en su culo flecos luminosos,
una mínima sombra se acucilla, sobre un fondo
de nieve rosa, como una malvarrosa...
Quimérica, una nariz persigue a Venus por el pro-
fundo cielo.

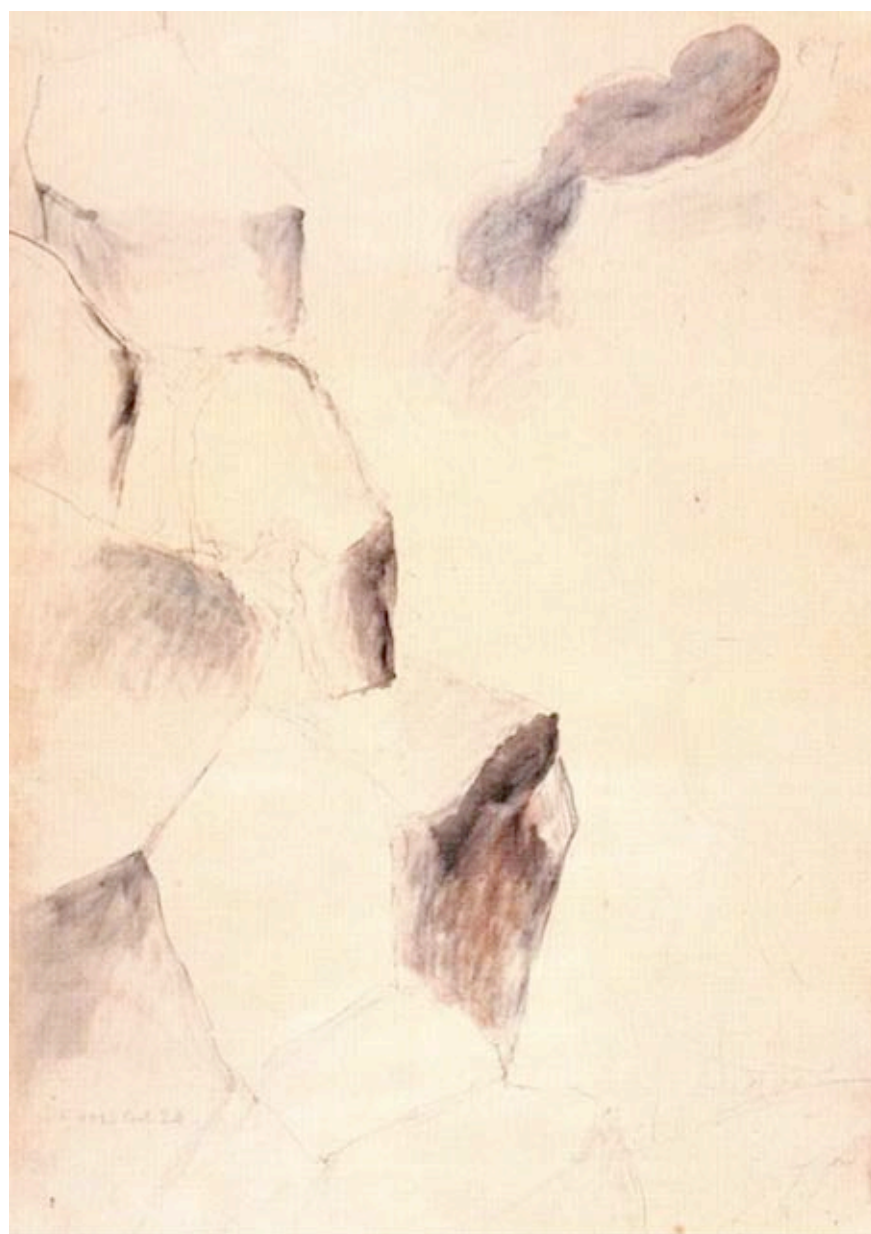
Sería usted execrable si no me contestara: dése
prisa, porque quizá dentro de ocho días esté ya en
París.

Hasta la vista,

A. RIMBAUD

Señor Paul Demeny
En Douai





Í N D I C E

<i>UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO</i>	7
<i>CARTA DEL VIDENTE</i>	63



Arthur Rimbaud (1854-1891) atravesó la poesía francesa como un meteoro. Los fulgores de su obra, creada en el umbral de la adolescencia y después abandonada, los desordenes de su vida nómada y su desaparición prematura fascinan y desconciertan a la vez. En vida ya es un mito, que se resume a menudo en una fórmula: canalla, vidente, místico (aunque fuese en estado salvaje), comunero, negrero, erotómano, escatólogo. Demasiadas etiquetas y juicios mordaces que ocultan la verdad de su vida y su obra. Ciertamente, el niño prodigio de Charleville, el compañero turbulento de Verlaine o el negociante implantado en Harar multiplicó las provocaciones a placer

...y cultivó las contradicciones más irritantes

del modo más intencionado. Rimbaud nos desafía, nos escapa.

Como escapa de sí mismo.

Rimbaud va rá-

algunos años,

obra, en ver

en prosa,

mata siglos

sía y funda

terrogacio-

toda la poe-

derna. [R.K.]

Una *tempo*

fierno, y la

te se recogen

en una nueva tra-

ducción. "Digo que hay que ser

vidente, hacerse *vidente*. El poeta se hace *vidente* por un largo, inmenso y razonado *desorden de todos los sentidos*. Todas las formas de amor, de sufrimiento, de locura: busca por sí mismo, agota en él todos los venenos, para quedarse con la quintaesencia. Inefable tortura para la que necesita toda la fe, toda la fuerza sobrehumana, que le lleva a convertirse entre todos en el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito –¡y el Sabio supremo! –¡Porque llega a lo *desconocido*!" [Arthur Rimbaud: *Carta del vidente*]

